

AÑO I.

MADRID, 1 DE NOVIEMBRE DE 1921.

NÚM. 1.

HESPERIA

REVISTA TEOSÓFICA Y POLIGRÁFICA

DIRECTOR-PROPIETARIO:

Dr. MARIO ROSO DE LUNA Y BOVER

ADMINISTRADORA:

Srta. SARA ROSO DE LUNA Y ROMÁN

SUMARIO

«HESPERIA, a sus lectores».—«HESPERIA, Rama hispano-americana y marroquí de la Sociedad Teosófica».—«La nueva Rama Teosófica: Datos para su horóscopo», por El Prior de Magaceli.—«Manzanas de oro», por Un jardinero-teósofo.—«Por tierras, mares y cielos: Los recuerdos de la Atlántida», por Prisciliano.—«De actualidad: La «novela blavatsquiana de un académico francés», por R. de L.—«El objeto del Dolor», por Annie Besant.—«Por el mundo teosófico».—«Libros, folletos y revistas».

Nuestro folletín: «El Velo de Isis o Las Mil y Una Noches Ocultistas». (Tomo XX de las obras completas de Mario Roso de Luna). Páginas 1 a 16.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

CALLE DEL BUEN SUCESO, 18 duplicado.

HESPERIA

REVISTA TEOSÓFICA Y POLIGRÁFICA

APARECERÁ EL DÍA 1 DE CADA MES

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN ANUAL:

ESPAÑA: 10 pesetas. — EXTRANJERO: 12 pesetas o 2 1/2 dólares E. U. A.

NÚMERO SUELTO: UNA PESETA

Anuncios a precios convencionales.

Dirección y Administración: BUEN SUCESO, 18 duplicado. - MADRID

ADVERTENCIAS MUY IMPORTANTES

Para nuestra altruísta empresa teosófica se admiten toda clase de donativos. — No se devuelven los originales, aunque no se publiquen, ni se mantiene correspondencia sobre ellos. — No se responde del extravío de números si no van certificados. Los señores corresponsales y libreros percibirán el 25 por 100 de las ventas. Las suscripciones y anuncios serán abonados por adelantado.

OBRAS COMPLETAS DE MARIO ROSO DE LUNA

A 10 PESETAS TOMO, SALVO LOS DOS PRIMEROS, QUE SON A 12 PESETAS

EDITORIAL PUEYO. — Calle del Arenal, núm. 6. — MADRID

Volumen I. Hacia la Gnosis: Ciencia y Teosofía. — II. En el umbral del Misterio. — XI. Por la Asturias tenebrosa. El tesoro de los lagos de Somiedo. — XII. De gentes del otro mundo. — XIII. Wágner, mitólogo y ocultista; el drama musical de Wágner y los Misterios de la antigüedad. — XIV. Por las grutas y selvas del Indostán; comentarios a H. P. B. — XV. Páginas ocultistas y cuentos macabros; comentarios a H. P. B. — XVI. De Sevilla al Yucatán; viaje ocultista a través de la Atlántida. — XXII. Simbología arcaica (primer tomo de comentarios a La doctrina secreta, de H. P. B.). — El volumen XX de «Obras completas», bajo el título de El Velo de Isis o Las Mil y Una Noches Ocultistas, se publica por pliegos mensuales en unión de HESPERIA.

OTRAS OBRAS EN 8.º (AÚN NO AGOTADAS)

Conferencias teosóficas en América del Sur. Dos tomos, a 4 pesetas tomo. — Evolution solaire et series astro-chimiques. 5 pesetas. — La Humanidad y los Césares (suscitaciones acerca de la guerra mundial). 4 pesetas. — La Dama del ensueño (páginas de psicología masculina tomadas del natural). 4 pesetas.

Bio-bibliografía relativa a Mario Roso de Luna: El Mago de Logrosán; vida y «milagros» de un raro mortal teósofo y ateneísta. Por Liborio Canetti; un tomo en 4.º, 4 pesetas.

HESPERIA

REVISTA TEOSÓFICA Y POLIGRÁFICA

Director: MARIO ROSO DE LUNA Y BOVER

Administradora: Srta. SARA ROSO DE LUNA Y ROMÁN

Redacción y Administración: CALLE DEL BUEN SUCESO, núm. 18 duplicado.

«**Satyat nasti paro Dharma**». — **La religión más elevada es la Verdad.** (Lema del Maharajá de Benarés.)

SUMARIO

«HESPERIA, a sus lectores». — «HESPERIA, Rama hispano-americana y marroquí de la Sociedad Teosófica». — «La nueva Rama Teosófica: Datos para su horóscopo», por El Prior de Magaceli. — «Manzanas de oro», por Un jardine-ro-teósofo. — «Por tierras, mares y cielos: Los recuerdos de la Atlántida», por Prisciliano. — «De actualidad: La «novela blavatsquiana» de un académico francés», por R. de L. — «El objeto del Dolor», por Annie Besant. — «Por el mundo teosófico». — «Libros, folletos y revistas».

Nuestro folletín: «El Velo de Isis o las Mil y Una Noches Ocultistas». (Tomo XX de las obras completas de Mario Roso de Luna). Páginas 1 a 16.

“Hesperia“, a sus lectores

Cuando al saludar por vez primera a un hombre, éste nos contesta: «Estoy bien, gracias a Dios, ¿y usted?», no necesitamos saber más de él. Su modo de enjuiciar será, en todo y por todo, religioso al uso.

Cuando a otro desconocido le oímos decir a su vez: «Yo no me pago de fantasías; busco la realidad y no me salgo de los hechos», tampoco nos tenemos que preocupar ya acerca de cuáles sean sus ideas. Su mentalidad será genuinamente positivista, y sabremos de antemano que nada admitirá si antes no le hiere a sus sentidos.

Estas dos propedéuticas: la positivista y la religiosa, son, en sus respectivos poseedores, algo así como un vidrio de color que teñirá todos sus juicios y sus opiniones. Entrambas, en lucha siempre, se reparten hoy día los dominios de las conciencias y aun la conciencia de cada individuo, amenazando, la una con no creer nada y la otra con creerlo todo.

Pero hay una tercera propedéutica o disciplina mental equidistante de aquellas dos, la propedéutica teosófica, armonista o ecléctica, cuyos principales postulados, frente a aquéllas, son:

1.º *Todas las realidades del Universo tienen una parte manifestada y otra por manifestar: una parte luminosa y visible, y otra invisible u oculta.* Todos los días veis el árbol y os cobijáis bajo su sombra, pero nunca veréis la raíz hasta el día mismo en que el árbol muera, y aun entonces tampoco veréis las fuerzas ocultas de endósmosis y exósmosis, calor, luz, electricidad, magnetismo, fuerzas químicas, etc., que al árbol alimentasen, ni la *Fuente Oculta* que alimenta igualmente al Sol, remoto origen de todas estas fuerzas. La Física os enseña, además, que todo cuerpo que haga vibrar al éter por bajo de los cuatrocientos billones de longitud de onda o por encima de los setecientos veinte billones, es absolutamente invisible, como lo es también aquel a quien rodee un medio de igual índice de refracción, o que pase por el campo de nuestra retina en menos de un décimo de segundo. ¿Cuántas no serán, pues, las realidades ocultas o invisibles? ¿Quién ha visto, asimismo, a ninguna de las ideas abstractas, alma del Universo entero, que se llaman vida, amor, idea o sentimiento, atracción o repulsión y que son las Fuerzas Troncales que al mundo rigen?

2.º *Todos los fundadores de religiones han hablado de ese Algo oculto y trascendente, como de cosa de su personal experiencia.* Pero semejante experiencia, para ser cierta, debe ser comprobable, y puede, por tanto, constituir una ciencia: LA CIENCIA DE LA RELIGIÓN, con su premisa indispensable de la virtud, que en tan divino grado poseyesen y preconizasen Ellos. Ningún hombre de buen sentido puede negar en redondo la realidad religiosa trascendente si no ha alcanzado una virtud que se aproxime siquiera a la de aquéllos. ¿Cómo convencernos, verbigracia, del hecho científico de que los elementos del agua se disocian hacia los quinientos grados y se separan definitivamente hacia los mil, si no calentamos el agua hasta dichas temperaturas? Seguid las reglas de pureza, amor y sacrificio por Aquéllos preconizadas, y luego, si nada veis, podréis calificarlos de otros tantos impostores; pero si lo hacéis sin ellas, seréis tan injustos como el que negase la realidad fotográfica por no conocer semejante arte, o porque no pudiese obtener fotografías sin la cámara oscura y con sólo exponer la placa directamente a la acción luminosa del objeto fotografiable.

Si hay, pues, una Ciencia de la Religión, hay también, recíprocamente, una Religión de la Ciencia. Juntas entrambas reciben el nombre de Teosofía, «ciencia de los dioses», es decir, de los «superhombres», con arreglo, no a la acepción vulgar de *Theos*, «Dios», sino en la griega de «dioses»,

«resplandecientes», «devas», «jinas», «genios» o superhombres. Por eso ha dicho la Maestra H. P. B. (1): «Las enseñanzas de la Doctrina Arcaica o Religión de la Naturaleza, por otro nombre Teosofía, tienen un origen *divino* que se pierde en la noche de los tiempos. Origen *divino* no quiere decir, sin embargo, una revelación de un Dios antropomorfo, sobre un monte, en medio de rayos y de truenos, sino, a lo que se nos alcanza, un lenguaje y un sistema de ciencia, comunicados a nuestra Humanidad primitiva por otra Humanidad más avanzada, la de los Padres o *Pitris*, que pareció siempre divina a los ojos de la naciente Humanidad nuestra.»

3.º *El hombre es de estirpe divina*—ha dicho el Maestro Pitágoras—; *dioses sois y lo habéis olvidado*—han agregado Platón, Jesús y el salmista. El objeto, pues, de todos nuestros esfuerzos redentores hacia el Ideal, o sea de la educación en su recta etimología de *educere*, «sacar a luz lo escondido, lo que está dentro», es revelar gradualmente esa «Divinidad Oculta», o sea nuestro «Dios Interior», nuestro «Supremo Espíritu», y este objeto es el más fundamental de la Filosofía, encaminado a «salvar el Alma», como dicen las religiones, pero no por Redención ajena, sino por místico e inefable Sacrificio propio, pues que nuestros grandes Instructores, *Mahatmas*, «Grandes Almas» o Maestros, no han venido a «salvarnos», sino a «darnos las reglas para que nosotros nos salvemos», conquistando titánicos los cielos por la violencia, al tenor de la divina frase de Jesús, el sublime Maestro de Galilea.

4.º *La observación y la experiencia son, sí, un método, un medio de conocer, pero no el único, ni el mejor siquiera.* La Matemática, alma de las ciencias, por la cual llegamos hasta el don de «profetizar» un eclipse, o de descubrir, sin verlos, astros desconocidos, tales como Neptuno o las estrellas compañeras de Algol y de Sirio, no es en sí misma una ciencia de observación ni de experiencia. La propia Astronomía, si bien es a veces ciencia de observación, no lo es tampoco de experimentación.

5.º *La casi totalidad de los descubrimientos científicos se deben a previas hipótesis, hijas de la intuición de los sabios, más que a la mera observación o experiencia.* Más alcoholes descubrieron Dumas y Berthelot en un año, validos de la intuitiva ley de la analogía, que todos los demás químicos con sus seculares experimentaciones; porque la mano del experimentador no es sino el lacayo de su intuición misma, y esta intuición suya, como primera y más excelsa de las tres facultades de la mente,

(1) Iniciales empleadas por los teósofos para designar a Helena Petrovna Blavatsky, fundadora de la moderna Sociedad Teosófica.

ha nacido en él por mera analogía serial con las demás cosas que ya conoce. Newton descubrió la gravitación universal estableciendo una previa analogía entre la caída de una fruta sobre la Tierra y la caída de la Luna sobre esta última, que es uno de los tres elementos del movimiento traslático de nuestro satélite. Nosotros podríamos descubrir más cosas que Newton, si supiésemos manejar la analogía, o propedéutica teosófica.

6.º *El hombre vulgar, y también el animal, conoce «hechos»; el científico, conoce «leyes»; el filósofo, conoce «principios».* El primero «percibe», el segundo «sabe», el tercero «ve». El vulgar, para saber que en un triángulo euclidiano la suma de los tres ángulos valen dos ángulos rectos, necesita medir estos ángulos y sumarlos; el científico no necesita ya medirlos, porque conoce la ley de los triángulos; el filósofo o el teósofo va mucho más allá, pues que conoce además la «ley de la triangularidad», como una ley derivada de la del exágono regular o «sello de Salomón». Por eso, filósofos supermatemáticos como Pascal y Briandson, con la mirada de águila que caracteriza a todos los intuitivos, han podido deducir de los dos teoremas generales del exágono que llevan su nombre todos los demás teoremas de los pentágonos, cuadriláteros y triángulos, considerándolos a todos estos como exágonos en los que uno, dos o tres de los seis lados se han reducido respectivamente a cero.

7.º *Cuando la ciencia deja de hablar al sentimiento, o la religión deja de ser científica, ambas mueren irremisiblemente. Un sistema como el Sistema Teosófico-Ecléctico o Armonista puede reconciliarlas, como dice la Maestra H. P. B., bajo un sistema de ética común basado en verdades eternas y comprobables, mejor dicho, en una misma y única verdad.*

El culto teósofo «Iván de Nogales» nos dice por eso con feliz atisbo: «La Teosofía está por encima de las religiones conocidas, y de ellas se diferencia en que éstas satisfacen quizá al individuo, pero no a la Humanidad. Tan es así, que la guerra mundial ha sido posible entre pueblos profundamente religiosos; aún hubiera sido posible si todos los pueblos tuvieran una religión única; pero no se habría podido producir caso de haber sido todos los países teósofos.» Lo cierto de ello ha sido que las religiones no evitaron la guerra, y la ciencia, con sus descubrimientos no ponderados por adecuadas virtudes, la ha hecho infinitamente más cruel, por lo que entrambas están juzgadas para lo futuro, si es que no queremos volver a las horribles andadas dichas otro día cualquiera...

¿A qué seguir formulando más postulados que, para una buena parte ya despierta de la tan dormida Humanidad, no son sino verdades incontrovertibles, sancionadas por la experiencia de los siglos? Para nuestro propó-

sito al publicar esta bien intencionada Revista bastan los transcriptos, que serán la base de nuestro futuro programa, a saber: pasar de lo conocido por la ciencia, a lo aún desconocido u oculto; seguir la senda de los grandes Instructores de todos los tiempos y países, quienes, a bien decir, no han dado sino una enseñanza única: la de la Religión de la Naturaleza, de la que, pese a su excelsitud, no son Ellos sino meros servidores; tratar de inquirir la posibilidad científica de toda enseñanza o simbolismo religioso, considerando a todas las religiones como facetas obscurecidas de una preciosísima PIEDRA FILOSOFAL, que se llamó Religión-Sabiduría primitiva, doctrina en la que, como se dijo de los grandes Iniciados griegos, se demostraban la existencia de la Divinidad Sin Nombre y sin Culto y la inmortalidad del Alma humana con el rigor de cualquiera de las demostraciones matemáticas; preconizar la virtud, no en su triste reverso de mojigatería piadosa, sino en su etimología de *vir*, «varón», y de *vis*, «fuerza», como único apoyo de toda ciencia *buena*; cultivar integralmente todos los elementos de nuestra Psiquis, distinguiendo la activa Imaginación Creadora de la pasiva Fantasía; inquirir, con la historia en la mano, la base teosófica de aquella «experiencia religiosa» de la que los Fundadores de las religiones han hablado invariablemente; aplicar la «ley teosófica de la Analogía» a cuantos problemas científicos y de observación nos salgan al paso, prefiriendo la intuición a la razón y la razón al hecho, o sea el poeta («vate», «adivino», que antaño se dijo) al científico, y el científico razonador al mero adorador del «hecho» y del «dios-éxito», continuando, en fin, en nuestros días la gloriosa tradición que los fundadores de la Sociedad Teosófica Helena Petrovna Blavatsky y Henry Steel Olcott derivaron de Oriente, a través de los neoplatónicos alejandrinos capitaneados por Ammonio Saccas, y sin mezclarnos, poco ni mucho, en otras orientaciones, por afines que ellas puedan parecer a muchos con los tres objetos fundamentales de la Sociedad Teosófica, objetos que repetiremos una vez más a guisa de único programa:

1.º *El de crear un núcleo de la futura Fraternidad Universal de la Humanidad, sin distinción de raza, sexo, credo, casta, pueblo o color.*

2.º *El de estudiar las disciplinas comparadas, tanto en ciencia como en religión y en filosofía, para así unir el Oriente con el Occidente; y*

3.º *El de investigar las leyes de la Naturaleza, desconocidas aún por la ciencia, y las facultades evolutivas aún latentes en el hombre.*

"Hesperia", Rama hispano-americana y marroquí de la Sociedad Teosófica.

Bajo este título se ha fundado en Madrid una nueva Rama de la Sociedad Teosófica de Adyar, Madrás, India Inglesa, el 3 de Octubre próximo pasado, con la Junta directiva siguiente: *Presidente*, D. Máximo Maestre Peralta; *Vicepresidente*, D. Eugenio García Gonzalo; *Secretario 1.º y bibliotecario*, D. Eugenio Vicente Olivares y Sánchez; *Secretario 2.º*, don Ernesto Catalá y Armisén; *Tesorero*, D. Pedro García Elices; *Vocal*, don Tomás Antón.

Los lazos indisolubles que ligan a la revista HESPERIA con la naciente Rama, nos impiden todo comentario, pero no los sinceros votos que hacemos por la prosperidad del gallardo organismo teosófico, prosperidad a la que la revista desde sus columnas tratará modestamente de contribuir.

HESPERIA saluda cariñosa a todas las revistas espiritualistas de la Raza hispano-americana en general, y muy efusivamente a las revistas teosóficas y espiritistas españolas *El Loto Blanco*, de Barcelona; *La Luz del Porvenir*, de Valencia; *Lumen*, de Tarrasa; *Zanoni*, de Sevilla, y las naturistas *Ciencia Natural* y *Acción Naturista*, de Madrid, como asimismo a *El Telégrafo Español*, que tan justo se ha mostrado dando cabida en sus columnas a doctrinas teosóficas, bajo la responsabilidad de sus autores.

La nueva Rama Teosófica

DATOS PARA SU HORÓSCOPO

Con fecha 3 de Octubre último, entre seis y siete de su tarde, quedó constituida en Madrid la Rama teosófica de este nombre en la forma que arriba referimos, y como una buena parte de los teósofos parece preocupada con las cosas de la Astrología, es un deber nuestro el proporcionarles a éstos los elementos necesarios para que puedan, si gustan, trazar el horóscopo de la recién nacida logia teosófica. Nosotros podríamos hacerlo, pero nos priva de ello la instintiva repugnancia que sentimos hacia toda clase de *ciencias ocultas*, que son al verdadero *Ocultismo* o «reforma de

uno mismo por la meditación y el conocimiento» (*yoga*), lo que la luz de una luciérnaga es respecto de la del astro del día, según la feliz expresión de la maestra H. P. B.

La dicha Rama es vieja, aunque parezca nueva, porque ya estuvo hecha (con su Revista y todo), aunque no legalizada, hace ahora doce años, o sea en 1909, cuando el planeta Júpiter se hallaba, como ahora, entre las primeras estrellas de *la Virgen* (signo astrológico de *Libra*), y cuando acababa de acaecer a España, como ahora, un gran desastre en Melilla, seguido, cual hoy también, de la toma de Nadør, de Atlaten y del Gurugú... ¡Item más: gobernaban a la sazón en España, y hoy asimismo gobiernan, los señores Maura y La Cierva!; por lo que podríamos decir con el clásico: «Todo está igual; parece que fué ayer.»

Pero la posición de planetas y luminares ha sido esta vez harto más curiosa que la de entonces, como no se volverá a ver de rara en varios siglos. Puntualicémosla.

Horas antes de la convocatoria en 1 de Octubre, acababa de verificarse un notable eclipse total de Sol, visible sólo en las regiones antárticas de por bajo del cabo de Hornos (Tierras del Fuego y de Graham, etc.). Este eclipse, además, es primero de una larga serie de eclipses que de diecinueve en diecinueve años (1940, 1959 y 1978, etc.) irán sucesivamente afectando primero a las zonas del hemisferio Sur, y luego a las del Norte, y cuenta que esto del misterioso cono de sombra de la Luna barriendo veloz la superficie del planeta tiene, a nuestro juicio, una importancia capital para el problema de las encarnaciones terrestres o «descenso de las almas desde la región lunar», que Plutarco diría, cosa que en otra ocasión estudiaremos.

Los felices mortales que hayan tenido la suerte de contemplar el hermoso fenómeno celeste—rarísimos habrán sido, sin duda, dadas las regiones de la zona de totalidad—habrán podido ver, luciendo junto al Sol eclipsado, a los dos planetas Júpiter y Saturno, bajo los que, para nosotros, habrá pasado pocos días antes el Sol (22 y 21 de Septiembre, respectivamente), mientras que Venus y Marte se aproximaban a su conjunción, conjunción ocurrida precisamente en los momentos mismos de la constitución de la Rama.

Tan cerca pasaron aparentemente, en efecto, uno de otro astro, que, a simple vista, casi se confundían sus luces, causando espanto al contemplador que aquella madrugada los viera el considerar cuán imponderables maravillas nos solapan los cielos, ya que entre aquellos dos planetas que parecían tocarse, había un punto intermediario en el que se situará precisa-

mente la Tierra de aquí a unos nueve o diez meses, cuando Marte alcance su posición en el verano próximo.

En resumen, que la fecha del nuevo *hrote* teosófico con el que se viene a enriquecer la flamante Sección Española de la S. T. está señalada por estos curiosísimos detalles:

1.º Conjunción de Marte y Venus, a la derecha del Sol, por bajo del trapecio del *León* (signo *Virgo*), de la estrella *Denévola*, y no lejos de la brillante *Régulo*, por los sitios en que durante toda la primavera pasada hemos contemplado a Júpiter y a Saturno.

2.º Conjunción de Mercurio y la Luna, al lado contrario, o sea a la izquierda del Sol, y no lejos de *Espiga* de la Virgen.

3.º Final de la triple conjunción de Júpiter, Saturno y el Sol, que, como es sabido, dura astrológicamente hasta que los astros conjuntos no se separan menos de ocho o diez grados. Semejante conjunción es asimismo originalísima y dada a toda suerte de cábalas, por haber culminado en los mismos días del equinoccio de otoño, o sea en la constelación diametralmente opuesta a la del *punto vernal* (¿constelación «lunar» de *Tisya* o *Sita*?).

Como miembro de dicha Rama, me abstengo de entrar en consideraciones deducidas de estos tan notables hechos, y más aún de ligarlos con ciertos pasajes de *La Doctrina Secreta* que han sido muy manoseados en estos últimos tiempos. Harto lo comprenderán los que estén en autos de estos asuntos, nuevos siempre, al par que viejos. Hagan, pues, el horóscopo en cuestión los que tengan humor para ello.

Nosotros nos contentamos con decir a los astrólogos que ni nos entusiasmarán más de lo que estamos si el horóscopo fuese favorable, ni nos deprimirán en el caso de que éste fuese adverso...

«¡Los astros inclinan, pero no obligan!»—diremos, finalmente, con el astrológico aforismo—, y en nosotros mismos, que no en los cielos solos, están la *Tierra* de nuestro cuerpo, la *Luna* de nuestra alma y el *Sol* de nuestro divino espíritu, con los demás planetas fastos o nefastos de nuestras pasiones y sentimientos.

¡Y esto sí que es Astrología!

EL PRIOR DE MAGACELI.

HESPERIA aumentará su formato con cuantos pliegos sean necesarios a fin de cumplir mejor su misión altruista. Para ello recibe, agradecida, donativos, por modestos que ellos sean.

“MANZANAS DE ORO”

Muntat de tos navilis en l'ala benehida,
busquí de les Hesperides lo taronger en flor;
mes ¡ay! es ya despulles
de l'ona que ha tans segles se n'es ensenyorida,
y sols puch oferirte, si't plauhen, eixes fulles
del arbre del fruit d'or.

Verdaguer.—LA ATLÁNTIDA.

«Cuando Alah, en su infinita sabiduría, decidió establecer al hombre en la Tierra para que fuese en ella su símbolo y su divina semejanza, los ángeles o genios, a una, sintieron la mayor y más inexplicable de las extrañezas:

—¿Cómo?—se decían—. ¿Vais a establecer, Señor, por vicario vuestro en esa Tierra a un minúsculo, a un despreciable sér, que en ella no hará otra cosa que derramar sangre inocente y cometer todo género de desórdenes, mientras que nos vas a dejar aquí a nosotros, que continuamente celebramos tus alabanzas y te glorificamos, proclamando sin cesar tu santidad?

—Yo sé bien aquello mismo que vosotros ignoráis—les respondió el Señor.

Alah, sin hacer caso alguno de semejante extrañeza de los ángeles, trajo al primer hombre a la Tierra y le dió una mente adecuada para que pudiese tener ideas o pensamientos, reflejo directo de aquella infinita Mente suya con la que ha creado el Universo. Con dicha mente, que del Señor bendito recibiera, Adán aprendió bien pronto a distinguir y nombrar cuantos seres vivos pululaban inquietos sobre la faz de la Tierra. Luego Alah hizo bajar a ésta a los ángeles para que se diesen cuenta de la maravilla que acababa así de producir, y mostrándoles a Adán, les dijo a los tan hermosos moradores del Cielo:

—Aquí tenéis todo cuanto en la Tierra vive y alienta. Vosotros, que tan por encima de Adán os creéis porque el cuerpo de éste está amasado de roja arcilla, mientras que el vuestro es etéreo y glorioso, ¿podríais nombrarme uno siquiera de esos seres que en torno de Adán estáis viendo y que le rinden homenaje como a su soberano?

—¡Alabado sea tu nombre, Señor! ¿Cómo quieres que podamos hacer tal cosa, si nosotros no poseemos más ciencia que la que tú has infiltrado en nuestra naturaleza al crearnos? ¿Cómo pretendes que demos nombre a las cosas, cuando nos es imposible el conocerlas, puesto que carecemos de mente?

—Verdad es cuanto decís—respondió Alah—; pero ahora vais a ver de lo que es capaz este Adán a quien despreciabais hace poco.

Y llamando el Señor a Adán, le ordenó sin tardanza:

—Dinos, uno por uno, los nombres de todos estos seres y para lo que sirven.

Adán, obediente al mandato del Señor, fué enumerando todos los seres que sucesivamente desfilaban ante su vista, con cuantas particularidades les caracterizan

Y cuando Adán lo hubo hecho así, con el más inaudito asombro por parte de la cohorte angélica, que no era capaz de tanto, el Señor replicó a estos últimos:

—¿No os dije que yo sé lo que no sabéis vosotros?

Y, seguidamente, Dios hizo a todos los ángeles que adorasen a Adán, porque tenía mente, es decir, una Divina Chispa de aquella infinita Mente Divina con la que ha sido creado el Universo...» (Mahoma *El Corán*, Sura II, v. 28 y siguientes.)

* * *

El texto transcripto prueba la identidad de doctrina que media entre las diferentes religiones en punto al problema de la *Mente*, el *Pensamiento* o *Manas*, palabra de donde derivan las de *man*, *manu*, pensador, que designan al hombre en tantas lenguas.

Así Pablo, el Iniciado cristiano, pudo hablar del triunfo de la mente humana sobre los Principados y Potestades del Aire (*Epístola a los Colossenses*, II, 15, y a los *Hebreos*, II, 5-8) con la segura promesa de que *por ella* y *sólo por ella*, «algún día juzgaremos hasta a los Ángeles, según está escrito». Así también las sublimes *Estancias de Dzryan*, comentadas en *La Doctrina Secreta*, hacen resaltar toda la suprema importancia de la Mente cuando nos pintan con las palabras siguientes el momento en que ella fué dada al Hombre por los Renunciadores o «Makaras»: «¿Cómo nacen los «Manushya» u hombres con Mente?— Los Pitris lunares llamaron en su ayuda al Fuego que arde en la Tierra. El Espíritu de la Tierra llamó en su ayuda al Fuego Solar. Estos tres elementos, con sus esfuerzos reunidos, produjeron un buen «rupa» o cuerpo para el hombre, quien podía así andar, correr, nadar y volar, y que, sin embargo, no era sino una «Chahaya», cascarón o vana Sombra sin sentido... El Aliento humano, en efecto, necesitaba una Forma, y los Padres se la dieron; el Aliento necesitaba un Cuerpo grosero, y la Tierra se lo moldeó; el Aliento necesitaba Espíritu de Vida, y los Lhas o Espíritus solares le exhalaban en su forma; el Aliento necesitaba un Espejo de su cuerpo: —¡Nosotros le damos el nuestro!—dijeron los celestes Dhyanis—; el Aliento necesitaba un Vehículo de Deseos: —¡Lo tiene ya!—dijo el Agotador de las Aguas... Pero el Aliento necesitaba una MENTE para abarcar al Universo: —¡No podemos dar eso!—dijeron los Pitris. —¡Jamás yo la he tenido!—replicó el Espíritu de la Tierra. —¡La Forma sería consumida si yo le diera la mía!—dijo el Gran Fuego...» El Hombre, pues, careciendo así de Mente, permaneció un bhuta, una ignorante sombra..., hasta que los Rebeldes, los Renunciadores, los Prometeo-Lucifer u hombres del Sol y de Venus, se sacrificaron heroicos dando su propia mente al hombre y cayendo ellos, por consecuencia, en la triste cárcel de este mundo, que Platón diría...

UN JARDINERO-TEÓSOFO.

HESPERIA no opone en el orden abstracto de las ideas limitación alguna a sus redactores y colaboradores, y no se hace responsable, por tanto, de ellas.

Por tierras, mares y cielos

LOS RECUERDOS DE LA ATLÁNTIDA

Los archipiélagos de las Azores, Canarias, Madera y Cabo Verde no son las únicas islas que aún se alzan con sus moles, ora graníticas, ora basálticas, como testimonios vivos de la gran catástrofe atlante. Hay, además, diversos picachos aquí y allá esparcidos por el inmenso mar; pero ningunos más extraños que dos moles sin importancia por su masa, ya que no por su situación, de las que vamos a dar una ligera idea.

Una de estas moles, o solitarios peñascos al modo del famoso Peñón de Azúcar de la soberbia Bahía de Río de Janeiro, es el islote de Rockall, al oeste de un gran valle submarino, que salta de los 500 metros de profundidad a los 2.000, valle que separa al islote de los últimos del norte de Escocia y del norte de Irlanda. Es una zona que no parece sino continuación de las islas Feroe, y que ha sido reconocida hace diez y siete años por el célebre barco explorador de los fondos submarinos *Michael Sars* (1900-1904), según puede verse en la interesante obra de Sir John Murray (de la antigua expedición también del *Challenger*), y el Dr. Johan Hjort (Londres, 1912, y más recientemente por el Dr. Charcot.

Imaginémonos la mole de *la Maliciosa*, de nuestra sierra de Guadarrama, sumergida en el mar hasta los dos tercios de su altura y no permitiendo acceso a ella por lado alguno. Esto nos dará una idea de ese picacho solitario, cuyas inmediaciones no han sido visitadas arriba de cinco o seis veces en todo el pasado siglo; contra cuyos acantilados inaccesibles se ha estrellado alguno que otro barco, y que, desprovisto de toda vegetación y toda agua, no es sino un inmenso y secular yacimiento de guano allí depositado por cientos de generaciones de las aves marítimas, que en él moran, bien seguras de no ser inquietadas por nadie en su indiscutible soberanía sobre aquel único resto, se cree, de la famosísima tierra sepultada del Buss de que nos hablan los viajeros del siglo XVI, y que no es sino uno de tantos restos de la tradición de la Atlántida histórica.

Tal es «la isla menos visitada de Europa», como dice una Revista ilustrada al ocuparse de ella. Pero semejante isla no es única. Sin contar algunos picachos solitarios vecinos a las costas de Escocia y de sus archipiélagos de las Feroes, ni tampoco con otras masas graníticas de extraña contextura, como las islas portuguesas de las Fariloes, fronteras casi a Oporto, tenemos también a las Islas de Fernando Noronha, que sirven de

presidio al vecino Brasil, y más acá, a la mitad del camino, entre África y Sudamérica, al solitario islote de San Pablo, asilo de aves marinas, y junto al cual pasé en un viaje, impresionándome hondísimamente su aislamiento y su tristeza sobrehumana, infinita.

Sí; el Atlántico que bate las costas de entrambos mundos no es vasta sábana de agua sino a los ojos vulgares. El que contempla los millares de escollos que aquí y allí se señalan en las cartas marítimas (crestas de montañas sumergidas, algunas como la cúspide del Monte Franklin, a pocas docenas de metros bajo las aguas), y el que admira luego los planos batimétricos de los sondeos practicados por los Institutos oceanográficos, adquirirá la convicción íntima de que todo un mundo muerto del pasado semeja vivir aún una vida *astral* bajo las quillas de los trasatlánticos, «aves» que parecen saltar de una en otra cumbre submarina por encima de valles inmensos, algunos de los cuales miden profundidades de varios miles de metros, profundidad mayor a veces que la de los valles de los Alpes o del Himalaya.

PRISCILIANO.

DE ACTUALIDAD

La «novela blavatsquiana» de un académico francés.

Fracasada la conspiración del silencio hecha a raíz de su muerte en torno de la figura de H. P. B., mártir incomprendida de su siglo, revistas y diarios de entrambos continentes arrecian en sus ataques contra ella, practicando lo de «a moro muerto, gran lanzada», del adagio castellano, y pasando por alto, en cambio, la ciclópea labor de aquélla en sus libros inmortales, que alguien ha llamado la *Biblia* de la Humanidad futura.

Ayer eran los folletos de Louis Gastón y de ese «Superior Incógnito» o *S. I.* (en sus acostumbres iniciales, que significan más bien el conocido «*Servus Iesu*» de los jesuitas), los que arremetían briosos contra la pobre muerta. Hoy, y nada menos que en el artículo de fondo de *Le Figaro*, de 16 de Septiembre último, le toca el turno de ataque a M. G. Lacour-Gayet, de l'Académie des Sciences Morales et Politiques, quien nos trae este descubrimiento «pasmoso»:

«Están ahora de moda—dice—las *Memorias* del conde Witte. De ellas se habla en la Academia de Ciencias morales, y los historiógrafos encuentran en ellas detalles inéditos relativos al reinado de Nicolás II, y en particular de la gran crisis de 1905, cuando era su autor presidente del Con-

sejo de Ministros. Witte murió en 1915; la policía trató en seguida de poner mano sobre sus *Memorias*, porque sabía demasiado lo que en ellas había escrito; pero, ¿dónde estaban ellas? No se las encontró, en efecto, en su casa de Petrogrado. Por si acaso estuviesen en cierto hotelito de Biarritz ocupado por la viuda del hombre de Estado, un funcionario de la Embajada rusa en París hizo saquear el hotelito simulando un robo vulgar. ¡Vano intento! Las *Memorias* dormitaban en las cajas reservadas de una casa de Banca de Bayona, y ellas acaban de ver la luz pública seis años después de la muerte de su autor y tres años después del asesinato de Nicolás II. Por las curiosas revelaciones que encierran se comprende bien que la policía zarista pretendiese el confiscarlas. Pero nosotros hoy, dejando a un lado la política, vamos a obtener de las *Memorias* del conde de Witte algunos interesantes detalles respecto de su prima Mme. Blavatsky, cuya memoria tan cara es a los teósofos.»

Y después de tal preámbulo repite nuestro buen académico la conocida calumnia de las relaciones íntimas de aquélla con el cantante de ópera Mitrovich, calumnia que, naturalmente, no le daremos el gusto de reproducir, ya que harto la destruye la siguiente certificación médica que figura en la página 199, serie 3.^a, de la *Historie authentique de la Société Theosophique*, donde se consigna literalmente y nada menos que por el célebre doctor Oppenheim:

«Le soussigné, selon la demande qui lui en a été faite, dit que Mm. Blavatsky, de Bombay-New-York, secrétaire correspondente de la Société Theosophique, es présentement soignée par le soussigné. Elle souffre d'*Anteflexio Uteri*, très probablement depuis le jour de sa naissance, car, ainsi que l'a prouvé un examen minutieux, elle n'a jamais porté d'enfant ni souffert d'aucune maladie de femme.—Docteur Léon Oppenheim, Würzburg, 3 novembre 1885. — Attestation de la signature du docteur Léon Oppenheim: *Le Médecin royal du district, Docteur-médecin Roeder*. Würzburg, 3 novembre 1885.—Nous soussigné certifions que ceci est la traduction correcte de l'original allemand qui est sous nos yeux.—Hübpe Schleiden; Franz Gebhard, Würzburg, 4 novembre 1885.»

Además, si alguna veracidad hay que reconocer a caballeros como los anteriores o como el coronel Olcott, a despecho de «locos calaveras», como el consabido conde de Witte (quien nunca conociera moralmente a H. P. B. ni de ella supiese nada sino a través de enemigas referencias de familia) (1), no deben olvidarse tampoco frases como éstas que aquel

(1) Efectivamente—y ello es muy frecuente tratándose de genios—, la fa-

inseparable amigo y compañero durante casi veinte años, para «curarse en salud» de las inevitables malas lenguas, sean o no académicas, estampa en las primeras páginas de su clásica obra dicha: «La simpatía que a H. P. B. y a mí nos ligó desde el primer instante venía del lado superior y oculto del hombre y de la Naturaleza: era la atracción de las almas, no la de los sexos. Jamás ni ella ni yo hemos experimentado la sensación de que el otro era de diferente sexo. Gentes infames, que abundan más de lo que se cree, intentaron varias veces lanzar la especie de que estábamos unidos entrambos por un lazo más íntimo e inconfesable, de igual modo que acusan a la malhadada víctima H. P. B., siempre perseguida y fea siempre, aun en su juventud, de haber sido la «amiga íntima» de otros varios personajes. Ningún espíritu sano puede nunca mantener una opinión tal, después de haber pasado un momento en su compañía y advertido en sus miradas, palabras y acciones, su más completa asexualidad.»

El retrato, no obstante ser de un enemigo y un mal pariente, no deja de tener su mérito. Dice:

«Su pasmosa aptitud para todo rayaba en el prodigio y, en su accidentada vida, aún tenía tiempo para enviar artículos a las revistas sobre temas los más variadísimos. Ella además hablaba, sin haberlas aprendido, las lenguas todas de los numerosos países adonde el azar le había conducido. El sentimiento poético era en ella innato y de igual modo la aptitud para la música. Sin conocer por estudio estas cosas, hasta dirigía una orquesta. Su imaginación nunca estaba quieta, amontonando quimeras sobre quime-

milia de H. P. B. no se distinguió precisamente por su afecto hacia ésta, salvo su hermana, Vera P. Jelihwosky, de quien hablaremos otro día.

En corroboración de tal aserto, vaya un caso de nuestra experiencia personal.

En los comienzos de la Gran Guerra tocó en Madrid una linajuda princesa rusa que entre sus apellidos llevaba el de los Dolgorukí, y era, por tanto, prima o sobrina de H. P. B. Nosotros, al saberlo, nos apresuramos, respetuosos, a pedirla una audiencia, expresando en la solicitud nuestro deseo de obtener de ella algunos datos relativos a nuestra Maestra. El secretario particular de aquélla nos respondió simplemente «que Su Alteza estaba de paso y no recibía sino a sus amistades...» De paso estaba, en efecto, para Rusia, aunque bien ajena de seguro a lo que de allí a pocos meses iba a ocurrir a toda la familia del zar...

¡Por misteriosos decretos del Destino, o Karma que decimos los teósofos, la horrible revolución rusa se preparaba ya a matar a los unos y a reducir a condición de famélicos esclavos a los demás, entre ellos a todos cuantos parientes quedaban de la pobre e incomprensida muerta!

ras y sueños sobre sueños. Allí luego, en el país de la gran iniciación, Mme. Blavatsky merodeó a diestro y siniestro para aprender todo lo que las ciencias especiales de los hindúes podían mostrar a su curiosidad. Aprendió, pues, comparó, criticó, escogió y construyó, y, mujer extraordinariamente resuelta para todo, se hizo para su uso toda una religión y una filosofía. A poco repasó los mares y vino a París, lugar donde convergen todos los conocimientos y todas las extravagancias del mundo. Ella, a la sazón, estaba muy obesa; era vieja y hartó negligente en su porte, no dejando adivinar apenas a aquella belleza de otros días que había vivido tantas novelas. Sin embargo, aún quedaban los ojos, esos ojos de hipnotizadora, enormes y de magnéticos efluvios irresistibles, cuyo poder continuó hasta su muerte, acaecida a poco de su regreso del Indostán.»

Ahora les toca el turno a nuestros lectores, el juzgar acerca del festivo académico francés, para lo cual no tenemos que esforzarnos mucho, sino reproducir el párrafo final de su frívolo comentario al libelista Witte.

«Para el conde de Witte no resulta imposible el creer—y esta es la oración fúnebre que hace a su prima—que esta mujer extraordinaria tenía algo de demoníaco en su persona. El juicio es hartó duro. Los caminos que a Roma llevan son infinitos, como es sabido, y los caminos que a la Teosofía conducen son probablemente numerosos. Sobre tales senderos, cortados aquí y allá por otros transversos, puede bien ocurrir acaso que se tropiece con el Maligno. Lo esencial es el ahuyentarlo por un gesto definitivo. Un día Mme. Blavatsky hizo sin duda el gesto, cosa que por cierto nada tiene que sepamos de demoníaco.»

¡Un académico que aún cree en el Maligno está juzgado por sí mismo!

Ya lo dijo el sabio Max-Müller: «Las naciones arias no tienen Diablo...»

Lo cual no quita para que, más de una vez, con nuestras pasiones e injusticias, llevemos el diablo dentro de nosotros mismos.

R. DE L.

El objeto del Dolor

El Alma es como la abeja que se posa en la flor; no necesita permanecer siempre en ella; sólo le hace falta la miel que contiene, y cuando la ha recogido, ya no siente deseo alguno por la flor. Cuando el Alma ha libado la miel del conocimiento de las flores de la tierra, entonces el objeto del dolor es que no vuelva a sentir deseo alguno por aquéllas, pues que ya ha obtenido de ellas todo lo que necesitaba para la lección, destruyendo el sufrimiento al deseo, y haciendo que el Alma se recoja dentro de sí...

A menos que no extirpéis la afición por las cosas del mundo físico, no podréis llegar nunca a sentir la atracción interna; primero, por las cosas de la mente, y luego, por las de la Vida Superior; siendo precisamente el objeto de la evolución del Alma el adquirir la experiencia de todo cuanto se manifiesta en el mundo que nos rodea.

Annie Besant: *El significado y el objeto del Dolor*.—Conferencia dada en la logia Blavatsky, en 1894.

POR EL MUNDO TEOSOFICO

Como nota final del reciente *Congreso Teosófico* celebrado en París en Julio último, nos dice una elevada personalidad: «El Congreso resultó muy bien. Fué una nota pura y hermosísima de fraternidad humana. Parecía que siempre nos habíamos visto y que éramos todos una misma familia. Lo que se dijo es secundario, y, en mi opinión, lo que menos importancia tuvo, con ella ser grande, demostrándose que «la acción es superior a la inacción», como dice el *Bhagavat-Gita*.»

—Ha producido la impresión más grata la reciente *Alocución* dirigida a los miembros de la S. T. por el Secretario general de la Sección Española, D. Julio Garrido. No la insertamos por ser ya conocida de los teósofos españoles, pero la acompaña nuestro aplauso sincero.

LIBROS, FOLLETOS Y REVISTAS

(Se dará cuenta en esta sección de los que se nos remitan.)

—Acaba de aparecer *Simbología Arcaica*, primer tomo de comentarios a *La Doctrina Secreta*, por M. Roso de Luna (un tomo en 4.º, de 384 páginas), con el siguiente índice: Introducción.—Capítulo preliminar: La Obra Maestra y los Maestros. El Mito, el Lenguaje y el Símbolo.—Capítulo I: Lo Abstracto y lo Concreto. La Nada-Todo, la Mónada, la Dúada, la Triada, la Tétrada y la Penfalta.—Capítulo II: El Éter y el Akasha. Chaos-Theos-Cosmos. El Espacio. Manvántaras y Pralayas.—Capítulo III: El «Ave Sagrada» y su «Huevo del Mundo».—Capítulo IV: El Loto como símbolo universal.—Capítulo V: La Pirámide iniciática.—Capítulo VI: Deus-Lunus, Fhoebe o «La Luna».—Capítulo VII: El Arbol, el Dragón y la Serpiente.—Capítulo VIII: «Los siete», primitivos.—Capítulo IX: Caídos y Rebeldes, o «los Seis y los Cinco».—Capítulo X: El Tri-Uno, la Síntesis Cósmica, o El «Salvador» Kwan-Shi-Yin.—Capítulo XI: El Solitario Vigilante y los Buddhas de la Confesión.—Capítulo XII y último: El Hombre terrestre y su celeste Dhyán-Chohan.

Editorial Pueyo, Arenal, 6, Madrid.—Precio, 10 pesetas.

Iván de Nogales.—*Nubarrones en la S. T.*, 29 páginas en octavo; editorial Pueyo; Arenal, 6, Madrid; una peseta. Genialísima exposición de los puntos de vista del autor acerca del estado actual de la Sociedad Teosófica.

NUESTRO FOLLETIN

Damos el primer pliego de *El Velo de Isis o Las Mil y Una Noches Ocultistas*, que, con los sucesivos, podrá ser encuadernado aparte por nuestros suscriptores en su día.

Imprenta Helénica. Pasaje de la Alhambra, 3, Madrid.

OBRAS COMPLETAS DE MARIO ROSO DE LUNA
VOLUMEN XX

BIBLIOTECA TEOSÓFICA DE LAS MARAVILLAS

SERIE B.—TOMO X

EL VELO DE ISIS

o

LAS MIL Y UNA NOCHES OCULTISTAS

PUBLICACIONES DE «HESPERIA»

REVISTA TEOSÓFICA Y POLIGRÁFICA

CALLE DEL BUEN SUCESO, 18 DUPLICADO

Madrid.—1921.

«La tradición no ha desfigurado los hechos hasta el punto de no ser ellos reconocibles. Entre las leyendas de Egipto y Grecia, de una parte, y de la Persia, por otra, hay demasiada semejanza de figuras y de números para que pueda achacarse a simple casualidad, como ha sido archiprobado por el astrónomo y orientalista Bailly. Estas leyendas han pasado a ser ahora cuentos populares persas, que ya han encontrado su sitio en la Historia Universal. También las hazañas del Rey Arthús y de sus Caballeros de la Tabla Redonda son cuentos de hadas, a juzgar por las apariencias, y, sin embargo, encierran hechos muy reales de la historia de Inglaterra. ¿Por qué, pues, la tradición popular del Irán no ha de ser, a su vez, parte integrante de los sucesos prehistóricos de la perdida Atlántida...? Antes de la aparición de Adán (el hombre de la quinta Raza), nos hablan dichas tradiciones de los Devs o Devas, fuertes y perversos gigantes que reinaron siete mil años, y los Peris o Izeds, más pequeños, pero mejores y más inteligentes, que sólo reinaron dos mil años. Aquellos fueron los atlantes, los rākshasas del «Ramayana», estos últimos, los arios o moradores del Bharata-varsha, es decir, de la Gran India... Lo desfigurado de repetidas leyendas no nos impide el poderlas identificar con las caldeas, egipcias, griegas y aun hebreas, como asimismo con las profundas enseñanzas contenidas en libros tales como el «Critias» o el «Timeo», de Platón... Nosotros, en nuestra *Doctrina Secreta*, presentamos en compendio lo que está esparcido por cientos de volúmenes en lenguas asiáticas y europeas, tales como la *Collection of Persian Legends*, en ruso, georgiano, armenio y persa; las *Leyendas Persanes de la Bibliothèque Orientale*, de Herbelot, etc., etc.»

(H. P. Blavatsky, *Las más antiguas tradiciones persas*. Estancia XII, tomo II de su obra inmortal.)

PRÓLOGO

H. P. B. (1), nuestra Maestra en Ocultismo teórico—vulgo Teosoffa—, después de constituir la Sociedad Teosófica y de escribir su admirable libro *Isis sin Velo, clave de los Misterios antiguos y modernos*, se dedicó, hacia el fin de sus días, a levantar ese ciclópeo monumento de nuestra época que lleva por título *La Doctrina Secreta, síntesis de la Ciencia, Religión y Sabiduría*, a base de extensos comentarios a un antiquísimo libro iniciático tibetano conocido por el nombre de *Las Estancias de Dzyan*, poema primitivo en el que se compendian las más puras enseñanzas arias sobre Cosmología y Antropología.

Emulando noblemente nosotros tamaña gallardía, aunque sin soñar siquiera en igualarla, hace tiempo que venimos pensando en realizar, hasta donde nuestras débiles fuerzas lo permitan, una labor análoga con el también libro iniciático parsi o ario que lleva por título *Las mil y una noches*, o bien *Las mil noches y una noche*, según el poco aceptable pleonasma con el que nos le ha dado traducido al francés más recientemente el médico sirio doctor J. C. Mardrus.

¿Libro iniciático llamáis—nos dirá sorprendido el culto lector—a una abigarrada colección de viejos cuentos de niños, célebres no más que por lo absurdo de sus relatos maravillosos, donde campea sin freno alguno la exuberante fantasía oriental? ¿Libro iniciático a unos relatos que, en su traducción literal de Payne y de Burton, como en la de Mardrus reproducida en castellano por Blasco Ibáñez, son capaces de sonrojar al hombre más mundano por sus crudezas y libertades de lenguaje en lo que al sexo y al no sexo se refiere...?

Y, sin embargo, pese a todo esto, que es cierto, *Las mil y una noches* encierran una profunda revelación ocultista que no se debe desdeñar, y que seguramente no habrán de desdeñar los imparciales así que se interesen en las páginas que subsiguen.

(1) Con estas iniciales seguiremos designando, según costumbre de los teósofos, a Helena Petrovna Blavatsky, la incomprendida princesa rusa.

Desde luego las frases del prefacio de los editores de la referida versión española indican acertadamente que «la moral de los árabes—nuestros actuales transmisores del gran libro—es distinta de la nuestra; sus costumbres son otras y su carácter primitivo les hace ver como cosas naturales lo que para otros pueblos es motivo de escándalo. Al amor lo cubren de pocos velos y su vida social está basada en la poligamia. Además, este libro es un libro antiguo, y los escrúpulos morales cambian con los siglos. Sirva de ejemplo nuestra propia literatura, en la que los más grandes autores del Siglo de Oro aparecen usando con naturalidad palabras que hoy se consideran inmorales y nadie se atreve a repetir.»

«Los pueblos primitivos—dice el Sabio—llaman las cosas por su nombre y no encuentran nunca condenable lo que es natural, ni a la expresión sencilla de lo natural la llaman licenciosa—añade, a su vez, Mardrus al darnos la versión francesa—. La literatura árabe ignora totalmente ese producto odioso de la vejez espiritual que se llama intención pornográfica, ella ríe de todo corazón allí donde un puritano gemiría de escándalo... El árabe, ante una melodía de cañas y flautas, ante un lamento de *kanun*, un canto de mezzin o de almea, un cuento de subido color, un poema de aliteraciones encascadas, un perfume de azahar o de jazmín, una danza de flor movida por la brisa, un vuelo de pájaro o la desnudez de una cortesana..., responde no con ese gesto bárbaro e inarmónico, vestigio indiscutible de las razas ancestrales antropófagas que danzaban en torno del poste de colores de la víctima, y del cual ha hecho Europa un signo de alegría burguesa..., sino con un ¡ah...! largo, sabiamente modulado y estático, porque el árabe es un instintivo exquisito que..., parco en palabras, sólo sabe soñar...»

Por fortuna, como nuestro intento en este estudio es muy otro que el de los citados traductores, y aun que el del texto árabe vertido, no necesitamos, en efecto, decir tanto. Podríamos, sí, de pasada, recordar las crueldades análogas y aun peores de la *Biblia*, libro sagrado de hebreos, cristianos y árabes en pasajes como los de *El cantar de los cantares*, Lot, Tamar, Ruth, Judit, etc.; podríamos insistir en que la inmoralidad no está tanto en las cosas llamadas inmorales, como en los pecadores ojos de los que con reprensible delectación las miran. Hizo, pues, muy bien Mardrus en ser *traduttore* y no *tradittore* con su versión literal—literal hasta en el pleonástico título—, que es garantía de verdad, «cautivando en su desnudez de estatua con el aroma primitivo que así cristaliza». Hizo aún mejor el viejo Galland del siglo XVIII en darnos el texto expurgado de tales cosas, si es que el original de donde tradujo, más puro en sí, quizá, que

esotro texto árabe, las contenía; pero a nosotros, en nuestro más alto propósito comentador, nada de ello nos afecta, pues que desde luego no tratamos sino de meditar y hacer meditar en las purísimas doctrinas arias veladas más o menos, no tanto bajo el primitivo texto, que se dice perdido, cuanto bajo esotro «velo cruel de la carne corruptible», que nos impide ver, según la universal leyenda, las excelsas realidades suprasensibles que están por encima del sexo mismo y que, como tales, no son reveladas sino con la iniciación ocultista durante esta vida, o con la muerte cuando con la carne desaparece el sexo y sus torturas—esas torturas que nos parecen aquí abajo delicias—, gracias precisamente a ese *Velo del Sexo* que asegura aquí abajo la continuidad de la especie; pero que no debe ni puede continuar allí donde la reproducción animal del hombre ya no continúa.

Porque en punto a «revelaciones», como en todo, el buen ocultista debe atenerse estrictamente a la etimología, y si «velare» es echar un velo ocultador, «revelare», «volver a velar», es echar un segundo velo más tupido que el anterior, con lo cual, a vuelta de unas cuantas «revelaciones», la verdad queda, al fin, *enmascarada, personificada* (del *persona, personae*, que significa en latín *máscara* o *caricatura*), es decir, sepultada, caricaturizada, vuelta al revés, cuando no absolutamente perdida e invisible, cual el tesoro que ha sido sepultado en las entrañas de la tierra o cual el rutilante sol de los cielos cuando se ve encapotado por negrísima nube tempestuosa, y al par eclipsado, allá arriba mismo, por la súbita interposición de la opaca luna... La tarea del ocultista, pues, al pretender alzar una punta del simbólico *Velo de Isis*, es decir, al buscar la Verdad sin Velos de Mentira, tiene que ir franca y derechamente contra todas las dichas «revelaciones», y, considerándolas, como son, efectivas fábulas, o sean «verdades con ropaje de mentiras», ir despojándolas, con paciente labor, de los múltiples velos con los que la encubren.

Siguiendo dicha ley, vemos, en efecto, que la traducción literal de *Mar-drus* en el siglo XIX (1), echa un velo reciente a la anterior de Galland en

(1) Es sabido que Antonio Galland, diplomático francés en Constantinopla, hubo de tropezar, hacia fines del siglo XVII, con unos viejos manuscritos árabes conteniendo, más o menos completo, el texto de los famosos cuentos de este nombre, aunque lleno, como cuantos libros arios han pasado por la peca-dora mano de los semitas, de esas crudezas imposible de ser toleradas por un oído casto y decente, que no son raras tampoco en la *Biblia*. Ya también muchos siglos antes, el contacto con los árabes, principalmente en España, había aportado a Occidente no pocos de estos cuentos que, mezclados con los

el siglo XVIII, y aquél ve en «el viejo libro» «una novela humana exuberante de pasión y con el lenguaje franco, juvenil y sonoro de esas muchachas sanas y morenas nacidas en las tiendas del Desierto que ya no existen; el sentido erótico, que sólo conduce a la alegría, sentido bien conocido de cuantos han vagabundado por Oriente y cultivado amorosamente los adorables cafetines árabes donde se fuma el haschich, último regalo de Alah a los hombres», mientras que la pureza de Galland, según el propio prologista de Mardrus—Blasco Ibáñez, el genial y equivocado Gómez Carrillo, «le llevó a darnos dorados cuentos de niños», que no son, como habremos de demostrar con nuestros comentarios, sino enseñanzas sublimes por encima de las religiones vulgares y de la infatuada ciencia contemporánea. Si, pues, un solo siglo ha bastado para hacer más tupido el *velo* caído sobre aquel gran libro primitivo, ¿cuántos no serán los que desde los buenos tiempos de los *paris* y los *devas* parsis, de los que data, habrán caído también sobre el prodigioso libro?

Una exégesis detenida de los orígenes de *Las mil y una noches*, en lo que alcanzar pueda nuestra falta casi absoluta de datos históricos, se hace, pues, indispensable desde el comienzo mismo de la tarea que nos hemos impuesto como ocultistas, es decir, como *desveladores* de lo que yace archivado, oculto y como perdido.

de los Libros de Caballería, verdaderas «Mil y una noche occidentales», se veían doquiera y aun se ven en forma de los llamados «romances» o «pliegos de cordel». Galland, con buen deseo, expurgó de aquellas crudezas al libro, dándonosle en la forma en que, a través de infinitas traducciones y ediciones, ha llegado hasta nosotros, procedente originariamente del *Hazan Afsanad*, persa; del *Kitab Al Fihzist*, árabe; de Mohammad ben Yihak Al Nadin o del *Alf Lailah Oua Lailah*, traducido del árabe al inglés por Payne y por Burton. Sin embargo, el deseo de hacer *sin los datos ocultos necesarios* ediciones verdaderamente críticas, nos ha llevado, ora a ediciones destrozadas sin piedad, como la de los jesuitas en Beyrouh, ora la «traducción literal y completa del texto árabe al francés» por el Dr. J. C. Mardrus, en 16 volúmenes, vertidos al español por Blasco Ibáñez, y cuyas *crudezas árabes, relativamente modernas, no parsis genuinas o primitivas*, son verdaderamente intolerables, mireselas como se las mire, todo al tenor de esa triste ley, repetidísima en la Historia, de hacer sexuales los más puros simbolismos, como hemos visto con las *Helenas* de los grandes Iniciados. Otras ediciones críticas, en fin, existen, siendo de notar entre ellas la inacabada del cheikh *El Yemeni*, de Calcuta (1814); el *Ha-bicht*, de Breslau (12 vol., 1825-43); la de Boulak (1835) y la *Ezbekich*, en El Cairo; la de Mac Noghten, de Calcuta (1830-42); la alemana, de Gustavo Weil, con introducción del barón Silvestre de Sacy (1858), y algunas otras, según el aludido texto de Mardrus.

Empecemos por lo que nos enseñan los editores de la obra de Mardrus, siguiendo, no el orden histórico, sino el inverso del que va levantando los antedichos *velos* de los siglos.

«El doctor J. C. Mardrus—nos dicen—acometió hace algunos años la empresa de dar a conocer al público europeo la magna obra con toda su frescura original. Mardrus era árabe de nacimiento y francés de nacionalidad. Nació en Siria, hijo de una noble familia de musulmanes del Cáucaso que, por haberse opuesto a la dominación rusa, tuvieron que trasladarse a Egipto. Muchos de los cuentos que años después habría de fijar para siempre con su pluma de traductor artista los escuchó de niño en el regazo de las domésticas mahometanas o en las calles estrechas y sombreadas del Cairo. Después de haber estudiado la Medicina y viajado mucho por los mares Pérsico e Índico como médico de navío, sintió el propósito de condensar para siempre la grande obra literaria de su raza, conocida sólo en fragmentos y con irritantes amputaciones. A esta empresa enorme ha dedicado gran parte de su vida, escribiendo los relatos oídos en las plazas del Cairo, los cafés de Damasco y de Bagdad o los aduares del Yemen, joyas literarias mantenidas únicamente por la tradición oral y que podían perderse. Como los poemas de los rapsodas que después figuraron bajo el nombre de Homero; como el Romancero del Cid y como todas las epopeyas populares, el gran poema árabe es de diversos autores, según ya hemos dicho, y distintos pueblos han colaborado en él a través de los siglos. Los cuentos sobrevivían sueltos, guardados por la memoria de los cuentistas populares y la pluma de los escribas públicos. El doctor Mardrus tuvo que peregrinar por todo el Oriente (Egipto, Asia Menor, Persia, Indostán), anotando viejos relatos y adquiriendo manuscritos, hasta completar en sus menores detalles la célebre obra. La frescura original, la ingenuidad de los primeros autores, han sido respetadas por Mardrus, pero realizándolas y adornándolas con su maestría de artista moderno. El doctor Mardrus es un notable escritor, y la celebridad literaria le acompaña doblemente en su hogar, pues está casado con la exquisita novelista francesa Lucía Delarne-Mardrus. Para su trabajo le han servido de base las ediciones egipcias más ricas en expresiones de árabe popular, pero las ha enriquecido considerablemente con nuevos cuentos y escenas, sacados de la tradición oral y de los valiosos manuscritos adquiridos en sus viajes.»

Por confesión propia sabemos, pues: a) Que Mardrus, si bien por su abolengo era montañés parsi (hoy diríamos *armenio*, no persa), por su nacimiento, educación y tendencias era egipcio y sirio, cosa muy importante para nuestra creencia de que *Las mil y una noches* son arias o parsis en

su origen, habiéndolas envilecido luego los semitas con su sexualismo a través de muchos siglos. *b)* Que fué médico, con la natural propensión ideológica, pues, hacía el positivismo científico y el sensualismo poético también de que toda su labor aparece tocada. *c)* Que viajó por los mares y tierras del Océano Índico, poniéndose en contacto así con todas las leyendas populares de aquellos pueblos sensualistas, tan diferentes de la pureza pristina que tremola en todos los grandes libros religiosos del pasado—como lo fueron *Las mil y una noches* en su origen—sin excluir ni aun la moderna de Jesús, que en los *Evangelios* resplandece, y que era aria también, o sea *por encima del sexo*. *d)* Que domésticas, cafés-fumaderos, plazas y caravaneros rudísimos le suministraron *tradiciones orales* derivadas del perdido libro y adornadas, como es natural, con los sensuales fantaseos y gráfica fraseología propia de tales lugares y gentes. *e)* Que aun a los viejos manuscritos que recabó aquí y allá ha realzado su fresca ingenuidad, *adornándolas con su maestría de artista moderno*, es decir glosándolas al uso sexual de tanta lamentable literatura francesa que parece sólo hecha por el sexo y para el sexo. *f)* Que ha consultado las ediciones egipcias más ricas en expresiones de árabe popular, cuando las ediciones egipcias, en punto al problema del sexo, son las más *semitas* y las menos *arias*, e influenciadas además por los rigores excitantes del clima del trópico. *g)* Que la protagonista Schahrazada es muy otra en esta versión que en la de Galland, como veremos a su tiempo. *h)* Que todo ello hacen buena, contra el prologuista español, la opinión de los entusiastas de la tradición clásica de este último, quienes, según Gómez Carrillo, opinan que «en la versión nueva de Mardrus hay más detalles, más literatura, más pecado y más lujo, pero no más poesía ni más prodigio. Por cantar más, los árboles no cantan mejor, y por hablar con superior elocuencia, el agua no habla con mayor gracia. Todo lo estupendo que aquí vemos: las pedrerías animadas, las rocas que oyen, las odres llenas de ladrones, los muros que se abren, los pájaros que dan consejos, las princesas que se transforman, los leones domésticos, los ídolos que se hacen invisibles, todo lo *féérique*, en fin, estaba ya en el viejo e ingenuo libro. Lo único que el doctor Mardrus ha aumentado es la parte humana—es decir, la pasión, los refinamientos y el dolor—. La nueva Schahrazada es más artista. También es más psicóloga. Con detalles infinitos, explica las sensaciones de los mercaderes sanguinarios durante las noches de raptó, y las locuras de los sultanes en los días de orgía. Pero no agrega un solo metro al salto del caballo de bronce, ni hace mayores las alas del águila Roc, ni da mejores talismanes a los príncipes amorosos, ni pone más pingües riquezas en las ca-

vernas de la montaña, en fin... De lo que es la palpitación formidable de la vida, Galland hizo unos cuantos apólogos morales.»

Convenimos con Mardrus en que sólo existe un método honrado y lógico de traducción: «la traducción literal»—y en tal sentido nos libraremos muy bien de censurarlo—; pero los partidarios de su traducción literal no pueden ver ya en la clásica obra sino una obra más de literatura al uso, siquiera sea la primera en mérito y en tiempo, donde aparece el Oriente «con sus fantasías exuberantes, con sus orgías sanguinarias, con sus pompas inverosímiles, en las que se respira el perfume de los jazmines de Persia y de las rosas de Babilonia, mezclado con el aroma de los besos morenos, como un sueño de opio»... Todo menos el dulce y santo apólogo que nos aportó Galland, y tras el cual, como tras el ropaje embustero de toda fábula, hay que buscar una Verdad perdida. Pasar, pues, de la nueva versión de Mardrus a la anterior de Galland, por muy incompleta que ésta parezca comparada con aquélla, es ya quitarla un velo, el velo de la última degradación sexual-oriental semítica y de la última degeneración europea, tenida, ¡oh dolor, y oh envilecimiento de gustos!, por la suprema palabra de la literatura sin belleza y sin humanos objetivos: ¡una degeneración, en fin, en la que el polo negativo del sexo se ha subido a la cabeza y anublado al polo positivo de la mente en daño mismo del sexo y de la especie!

El pensamiento no tiene sexo; el alma humana, tampoco, y aun el verdadero amor que lleva a la unión santa del hombre y la mujer para constituir esa mónada social que se llama la familia, no es genuinamente sexual en su principio, sino que es algo más puro, pues que empieza por la simpatía y la fantasía a alturas verdaderamente excelsas que, si bien acaban en lógica unión física, es *por mera y natural caída* de la rueda del progreso en sus ciclos, como de la nieve pura cuando pasa a agua, el agua pura cuando pasa a cieno y el fecundo cieno, en fin, del que las rosas brotan en el curso, ascendente ya de nuevo, de todo ciclo... ¿Acaso cuando el astro rutilante se eleva en los cielos del lago no es cuando parece sepultarse más y más en las ondas del lago mismo?

Pero Mardrus se equivoca y con él cuantos le siguen. *Las mil y una noches*, en efecto, no son, como él dice, «la gran obra imaginativa de los cuentistas semitas», sino *un destrozado resto de la obra iniciática de los arios de Bactriana o de Armenia, mejor o peor reflejado ya en el Hazar Afsanah persa, que se cree perdido*, como éste lo fué a su vez en el *Muruf Al Dahab Va-Djanhar*, del siglo IX, atribuido al historiador del Califato Abul Hanan Ali Al Marudi, y en el *Kitab Al Fihrist* de Mohamed ben Is-

hak Al Nadim, del siglo X, a base de cuyas obras han formado los semitas posteriores el libro que conocemos tan plagado de sensualismo coránico y bíblico y tan alejado, por consiguiente, ya de la pureza pristina de los jaínos, parsis, hindúes, budhistas, esenios y demás instituciones iniciáticas que ya le conocían *más que en su letra en su espíritu*. Sólo, sí, tienen razón aquellos en que tal y conforme hoy se nos da, no es una obra consciente, reflexiva y de uno o varios autores sucesivos, sino que es un libro como de aluvión, en cuya formación—o desintegración lenta, más bien—abarca en sí, pese a su origen persa, toda la demopedia o *folk-lore* islamita, «copiada y recopiada mil veces por escritos dispuestos a hacer intervenir su dialecto natal en el dialecto de los manuscritos que les servían de originales, acabando por ser así un receptáculo confuso de todas las formas del árabe, desde las más antiguas hasta las más recientes» (1).

Los autores nos llevan, como vemos, hasta el siglo X o el IX en su ex-

(1) Conviene los editores de Mardrus en considerar como procedentes del siglo IX o el X todos o casi todos los textos conocidos y que en Galland figuran, a saber: la *Introducción* relativa a los dos reyes hermanos, de Persia y de Tartaria (o sea de la Armenia-Bactriana y del Turquestán-Tibet), *Shah-riar* (el ario) y *Shah-samam* (el shamano); las historias del mercader y el afrite o *jina* perverso; del pescador y el genio o *jina*; de los tres calendas, caldeos o calcidios y las cinco princesas de Bagdad; de Zobeida y de Amina; de Nureddin Ali o *Nur-al-jina* y Bedreddin Hassan o *Beder-jina*; del jorobadito Agib; de los siete barberos; de Abul-hasan, Ali-ben, Becar y Schen o *Psichen-al-nihar*; de Camaralzamán y Badura o Madura; de Hin-bad o *Jinbad* y *Sim-bad* el marino; de Beder y Giauvara o *Jina-shara*, de Ganem o *Ganesha*, el esclavo del amor; de Zein-Alasnam o *Jin-el-hassan*, rey de los jinas; de la princesa Deryabar; del Durmiente despierto; de Seif-al-Muluk, *Moloch* o *Melcha* y la hija del rey de los jinas; de Ali-bab y los cuarenta ladrones; de Aladin o la lámpara maravillosa; de Moames y del hada Banú, y, en resumen, de cuantos Galland consigna.

Dichos editores sitúan, sin embargo, la historia de *Kamar-al-zamán* nada menos que en el siglo XVI (en que fuera refundida en su forma actual), y la gran masa de los cuentos que Mardrus traduce de las *Alf-Lailah-ua-lailah*, como comprendidas entre el siglo X, y en esta última época también nos dan la siguiente bibliografía: edición inacabada del cheikh *El Yemeni*, con 2 volúmenes (Calcuta, 1814-18); la de *Habicht* (Breslan, 1825-43, 12 volúmenes); la de *Mac Noghten* (Calcuta, 1830-42, 4 volúmenes); la de *Boulak* y la de *Ezbekieh* (ambas publicadas en El Cairo, 1835, 2 volúmenes); la de los *Jesuitas de Beyrout* y la de Bombay, ambas en 4 volúmenes; a más de la de Galland (1704-17), y la privada inglesa, de Payne y de Burton, todas ellas resultan menos completas que la de Mardrus, en 16 volúmenes, traducida al español por Blasco Ibáñez, en 23 pequeños tomitos.

curción retrospectiva para encontrar en dicha época los orígenes del gran libro. Pero esta época que con más o menos se corresponde la de los esplendores del califato árabe de Damasco, Bagdad y Córdoba, no es la que viera nacer a dicha obra iniciativa, y la razón es bien sencilla: sus protagonistas no son árabes, sino persas, hindúes y tártaros; no aparecen huríes coránicas, sino *paris* y *devas* persas; no se usan nombres árabes genuinos, sino nombres más o menos sánscritos arabizados y en los que el del Sol, la Luna, los jinas, los devas, los afrites juegan el principal papel, como iremos notando oportunamente.

Además, el repetido libro es pariente muy próximo de otras dos obras maestras o sánscritas de los arios: el *Hitopadesa* o «Instrucción provechosa», y el libro de *Calila y Dymna*, que hacia el siglo VI fueron traducidos al pelhevi y de allí al persa y al árabe en los siglos VIII y IX, o sea en la época en que la cultura mahometana llegó a su máximo esplendor. Nuestro filósofo don José Alemany y Rulifer, al darnos la versión castellana del *Panculantra* sánscrito o «Libro de las cinco series de cuentos», hace de los dos nombres de *Kalila* y *Dymna* meros antecesores de los de *Schahrazada* y *Dinarzada*, protagonistas de *las mil y una noches*, por cuanto los nombres sánscritos *Karata-ka* y *Damana-ka* (o *Karata* y *Damana*, sin el subfijo *ka* diminutivo) equivalen, el uno al de «domadora o triunfadora» (bien adecuado, pues que dominó con su inteligencia de iniciada, al lúbrico y sanguinario *Shah-kariar*, «el sacrificador») y el otro al de «corneja o astuta» (la célebre corneja o abubilla confidente tan célebre en muchas suras del Corán), con todo lo cual, la filiación aria del consabido libro queda ya establecida, sin que tengamos necesidad de internarnos en difíciles etimologías. No estará demás, sin embargo, que, para ulteriores investigaciones de los doctos, apuntemos que el título persa con el que empezamos a conocer *Las mil y una noches* es el de *Hazar-Afsanah* (*zaza-har*, perfume de los *Asanidas*, *esenios* o «curadores»?) y en los otros títulos, árabes ya, de *Al-Dahab-ua-djanbar* y de *Al-Kitab-al-Fihrist*, aparece el inevitable nombre de los *djanhaur*, *djainos*, *djins*, *janos* o *jinas*, como en el de *Alf-lailah-ua-lailah*, aparece a su vez el típico nombre de *Ka-lailah* o *Kalila* de aquel otro libro ario más primitivo.

Porque hay que decirlo sin ambages, aunque nuestros doctos actuales de la gran novela humana, exuberante de pasión y de «sangre», se escandalicen. El velo de la obra empieza en su título mismo, compuesto de un jeroglífico, el de «mil y una» y de un nombre simbólico de «noche», equivalente al de «ocultación o velo», y dicho jeroglífico, en sí, es una clave más antigua y más preciosa que cualquier otra. «Mil y una», en simbo-

logía numérica, se escribe, en efecto, así: **IOOI**, y deshaciendo el jeroglífico se pasa a este otro **001** que, soldado luego en uno, nos lleva al *signo lingual védico* **TO**, última e incomprensible *letra* de las cuarenta y nueve del alfabeto sánscrito de los arios, del que se pasa con entera facilidad (*Bibl. de las Marav.*, t. II, pág. 293) al caduceo de Mercurio **T** a la «serpiente buena y mala», o *Agatho-daimon* y *Kaco-daimon* de la célebre *Tau* de Moisés y de los sacerdotes de Faraón (*Génesis*, *Exodo*, cap. VII) y, en fin, con una nueva descomposición por notáricon, al conocido jeroglífico **IS** o *Isis*. «Mil y una noches» fonéticamente equivale, pues, a VELO DE ISIS, o sea a «Libro en que ciertas verdades iniciáticas yacen ocultas».

Concordando con estos asertos, nos dice por eso la Maestra H. P. B. que «en medio de los fantásticos desatinos de *Las mil y una noches*, mucho podría encontrarse digno de atención si lo relacionásemos con el desenvolvimiento de alguna verdad histórica. La *Odisea* de Homero, por ejemplo, sobrepaja en aparente falta de sentido común a todos los dichos cuentos juntos, y, a pesar de ello, está probado que algunos de sus mitos son mucho más que la creación imaginativa del viejo bardo, porque, como dijo Platón, los mitos son vestiduras poéticas envolventes de grandes verdades bien dignas de ser meditadas».

Digamos, ante todo, que los precedentes del admirable libro están muy oscuros, por ser ellos verdaderas «agadas» tradicionales de una edad más feliz en que los jinas, dioses o ángeles, convivían con los hombres. La crítica histórica, para hallar las verdaderas fuentes de él, tendría, pues, que remontarse a los más antiguos tiempos pelasgos o arios de Persia, buceando entre la inextricable selva de sus narraciones algo de lo que constituyese la raigambre popular y bárdica de la que siglos más tarde hiciesen los primeros poetas épicoeruditos sus admiradas producciones. En efecto, aunque los positivistas excépticos que van quedando, rezagados ya del creciente renacimiento espiritualista de la *post-guerra*, nos digan autoritariamente que ello no prueba sino que son «ensueños de la imaginación, tan felizmente combinados, que gozan del envidiable privilegio de sugestionar por igual con su belleza a los grandes como a los chicos». Para el crítico serio, sin embargo, semejantes repeticiones de hechos extraños, inexplicables, producidas en puntos inmensamente alejados unos de otros en tiempo y en espacio, toman todos los caracteres que asigna la lógica a la tradición o constante testimonio de los siglos. Muchos menos testimonios

contestes de hechos han bastado, en efecto, para tener por indudables no pocas de nuestras cosas deputadas como científicas.

Además, ello nos llevaría a tropezar de manos a boca con un descubrimiento pasmoso: el de que *la activa o creadora imaginación del hombre*, que aquellos ciegos confunden intencionadamente con la pasiva y alocada fantasía, *corre siempre por los mismos cauces desde que el mundo es mundo, como respondiendo, por tanto, a leyes inmutables que no son sino las entrevistas leyes del mundo de los jinas*. Para que el lector pueda apreciar, pues, en todo cuanto valen semejantes concomitancias, no estará de más, como hemos dicho en otro libro, el que haga con nosotros una excursión ligera por el campo de aquellos preciosos «cuentos de niños», que no son sino «altísimas verdades de viejos» en su incomprensido simbolismo de fábulas efectivas. Está tan maleada, por desgracia, nuestra presente Humanidad y la Historia tan llena de errores (no digamos *patrañas*, porque al tenor de la etimología, «patrañas» es «cosa de los padres» o santa tradición), que siempre nos sería lícito, por vía de asepsia moral, el buscar la Verdad en esas poderosas fuentes de Belleza pristina que se llaman «las fábulas» y «los niños».

¿Quien, por ejemplo, como hemos dicho en otro lugar, no recuerda la leyenda de *Aladín*, o *Alah-djin*, el jina bueno, «el jina de Alah»? Ella sola bastaría para probar el intento de este capítulo. En efecto, un sér puro, un *niño* (que niños se llaman en el lenguaje iniciático a todos los que empiezan a recorrer el Sendero), hijo de un «sastre», quiere decir de un santo hombre conocedor de los «shastras» o versículos sagrados védicos, conoce a un hechicero, quien trata utilizarle en el proyecto de robar cierta lámpara maravillosa (la del Conocimiento iniciático) escondida allá en las grutas de lejanísimas montañas. Llegados al sitio, tras el más penoso viaje, el niño, por la virtud del anillo del mago levanta una gran losa blanca y penetra animoso en el subterráneo, donde, a vuelta de mil prodigios, como los que el coronel Olcott nos narra en otro lugar de esta *Biblioteca* (t. II, cap. I) y referentes a otro niño de Bombay que también logra bajar de igual modo al mundo de los jinas, se ve rodeado de un verdadero paraíso al modo de los que anteriormente van descriptos. Allí ve «al pájaro que habla» (como le viese y oyese el Sigfredo de Wágner bajo el tilo), «a la fuente que mana oro» y al «árbol que canta». Por fin roba la lámpara maravillosa y por ella conoce las perversas intenciones del hechicero a quien, astuto, logra dejar encerrado en el subterráneo, mientras que él, gracias a la lámpara y al anillo, logra mágicamente cuantas riquezas pueden apetecerse en este mundo y los tremebundos poderes de la Magia Negra?

¿Quién no recuerda asimismo las aventuras de *Simbad el Marino*? El *Ave-roc* que le lleva raudo por la región de los aires hasta hacerle conquistar un verdadero *Vellocino de oro*, no es sino la famosa *Ave-Fénix* de los griegos; el Pájaro Garuna de los parsis; el *Ave-Li* del gran poema chino del *Li-sao* (t. IV, pág. 210) y en la que el poeta pre-cristiano visita las recónditas soledades iniciáticas del Tibet, tornando luego a este bajo mundo de los hombres tan rico de bienes como de espíritu, porque es sabido que la miseria física de éstos no es sino el karma, reflejo o consecuencia de su miseria moral, y por eso, como dice el Evangelio, «debemos tan sólo buscar el Reino de Dios y su Justicia (mundo jina, del Ideal), que lo demás nos será dado por añadidura». Si las riquezas físicas viniesen, en efecto, siempre a la par que las morales, y no después (ora en este mundo, ora en el de los jinas), seríamos virtuosos... por egoísmo, es decir, careceríamos de toda virtud efectiva y basada en la renunciación del sacrificio. Y cuento tras cuento del gran libro, en todos ellos aparecen los nombres *jinas*, sus jardines encantados, sus tesoros inauditos y su perfecta liberación *ene-dimensional* de esta nuestra triste cárcel de materia física, impenetrable para nosotros como tal, pero perfectamente penetrable para ellos, como seres hiperfísicos, y desde la que pueden establecer sus espirituales protecciones sobre los justos, *de quienes es tal mundo.*»

Por eso la influencia científica y literaria de *Las mil y una noches*, en esta nuestra época de egoísmos groseros, ha trascendido en toda su integridad hasta el teatro mismo.

Véase si no lo que acerca de la resonante adaptación a la escena, hecha por Maurice Verne, dice en una de sus Crónicas de *El Liberal* el genial Gómez Carrillo:

«Hasta hoy, casi todos se habían contentado, cuando de adaptar las *Mil noches* tratábase, de estilizar teatralmente una historia determinada. Habíamos visto, en los bailes rusos, en las pantomimas alemanas, en las comedias francesas y en las operetas inglesas, las aventuras del rey Schazarian y de su hermano Schazaman, las del visir Nureddin y de su hermano Chamsedin, las del Príncipe Diamante, las de la Dulce Amiga y hasta las de Fairuz y su esposa. ¡Son tan ricos los afrites que de cualquiera de sus boscajes o de sus cavernas pueden sacar, en un segundo, el oro, el ámbar y la púrpura que para embellecer una velada necesitan los mortales! Mas al mismo tiempo que ricos, son recelosos. Y si al que les pide ensueños, por el amor de Alá, con suave humildad, le dan sin contar, al que pretende despojarlos de sus tesoros filosóficos, con orgullo de conquistadores, lo castigan convirtiendo su oro en oropel y sus pedrerías en pedruscos obs-

curos. Maurice Verne, seguro de su gran talento, se propuso no sólo encerrar en unas cuantas escenas simbólicas todo el espíritu de las *Mil noches y una noche*, sino también sacar de ese conjunto instintivo, sensual y alegre una especie de austera lección filosófica. Para él Scherazada es algo así como un sér superhembra, que tiene la misión de salvar de la muerte a todas sus hermanas amenazadas por la sanguinaria desconfianza del rey Schariar y también de convertir a su tirano en un monarca suave, piadoso, algo débil, algo tembloroso, muy humano y muy poco oriental. ¿Es, acaso, que en el original no existe nada de esto? Sí; sí existe. La verdadera contadora de cuentos es la más sutil, la más bella, la más fuerte, la más sabia entre las doncellas de Sassan, en las islas de la India y de la China. Cuando su padre, el visir, la dice que el rey, después de haber sido engañado por sus favoritas, se propone no tener sino esposas de una noche, para hacerlas degollar, una por una, al día siguiente, lejos de esconderse cual las demás vírgenes del lugar, exclama: «¡Por Alál, padre, cásame con el rey, pues si no me mata, seré yo la causa del rescate de las hijas de los musulmines y podré salvarlas de entre las manos del verdugo.» Y al oír las naturales protestas del visir, agrega: «Es imprescindible que lo hagas.» Así, nada más exacto que la misión voluntaria y providencial de la heroína. Sólo que Maurice Verne no se contenta con presentarla fuerte, sutil y apostólica. Quiere, asimismo, conservarla pura e inmaculada durante las mil noches, y hacerla tan seductora, que a sus plantas el monarca olvida sus deberes, hasta el punto de que sus súbditos llegan a creer que ha muerto. Esto es tan falso, que basta para quitar al poema su sabor y su significación secretas... Maurice Verne nos ha dicho que su intención no es vaga, sino precisa. «Adaptar un solo cuento—escribe—es tal vez ofrecer algunas bellas imágenes. No veo que sea necesario. Los cuentos existen y se hallan al alcance de la mano de todos los que poseen el libro. Lo preciso era representar la intensidad espiritual del conjunto, hacer la síntesis y destinar la savia pura de las deliciosas ficciones.» Es, pues, una obra escrupulosa y leal, una obra de sabiduría exacta, una obra casi científica, la que el dramaturgo parisiense nos promete en esas líneas.»

Ahora bien; lo que Maurice Verne se propuso hacer en el teatro, y mucho más si ello nos fuera dable, es lo que ahora nos proponemos nosotros con el presente libro: Representar, sacar a la luz del día la teosófica intensidad espiritual de conjunto que a raudales brota del clásico libro cuando, con las claves de nuestra alta doctrina, empezamos a leerle entre líneas, despojándole de los velos con que la fábula secular los ha revestido, y con el piadosísimo fin redentor que entrañan estas frases del texto:

«Para que las leyendas de los antiguos sirvan de lección a los modernos y aprenda en ellas el hombre sucesos y enseñanzas de otros que no son él. Comparando así las palabras de los pueblos pasados y sus prósperos o adversos sucesos, según se hayan conducido en la vida, escarmentarán, en cabeza ajena, de estos últimos, y se reprimirán... ¡Gloria, pues, a quien guarda los relatos de los primeros como lección dedicada a los segundos!»

Esta es la Historia derivando de la Novela y de la Fábula para bien del mundo, en vez de la Fábula hecha Historia para desgracia de la Humanidad y que llevamos padeciendo desde Herodoto y Eusebio de Césares hasta nuestros días. Esta es la más pura, la más arcaica de las enseñanzas y cuyo origen está en la misma Religión-Sabiduría de los primeros lemures y atlantes, o Teosofía de las Edades. Este es, en fin, el tronco místico-religioso de todas las Escrituras Sagradas, fábulas prodigiosas en sus ficciones y parábolas, ciencia, y, más que ciencia, en su «moraleja» o enseñanza interior esotérica que primero ha sido velada en los nombres de los personajes *Elohim, Jehovah, Adán, Noé, Abraham, Sahara*, etc., en los que sus letras respectivas no son sino valores geométricos de relaciones secretas entre las letras y los números, y luego hase vuelto a velar, o sea a «re-velar», haciendo de estos nombres personajes de una admirable y sabrosa Fábula, ni más ni menos que aun en nuestros días hizo con su *Ponos* la luminosa inteligencia de nuestro Melitón Martín, o como se ve en el alto teatro de Wágner con *Parsifal* «el puro», «el parsi»; con *Sigmundo*, «boca de paz»; *Frid-mundo*, «el amigo de todos»; *Welso*, «el lobo»; *Urwala, Walkyria, Nor-na*, etc., medio el más hermoso, si no el único, de escribir entre líneas, y que reaparece periódicamente en las épocas de persecución del pensamiento humano en esos «lenguajes convenidos» del espionaje moderno, o de la jerga misteriosa de masones, rosacruces y alquimistas...

¿Lo dudáis, lectores? Pues adentraos por las páginas de este libro y en él veréis, desde la Introducción misma, aparecer la trama de una interesantísima fábula o novela; tras ella unos nombres, simbólicos siempre, y tras los nombres unos valores fonéticos, numéricos, geométricos, emblemáticos o históricos, según los casos, los mismos siempre en todos los libros religiosos dentro del respectivo lenguaje en el que están escritos, fábulas y nombres que no son sino los hilos del clásico VELO DE ISIS.

“ACCIÓN NATURISTA”

REVISTA DEDICADA A LA DIFUSIÓN DE LAS IDEAS VEGETARIANO-NATURISTAS

Director: Doctor RUIZ IBARRA

MÉDICO FISIATRA

Redacción y Administración: FUENCARRAL, 138, segundo.— MADRID

PREPARACIÓN DE ASIGNATURAS
MATEMÁTICAS Y TÉCNICAS

PROFESOR

FRANCISCO VERA

Secretario de la Soc. Matem. Española.
Oficial del Trib. de Cuentas del Reino.

MALASAÑA, 24
MADRID

Instituto de Ciencia Naturista

Procedimientos naturales de curación,
sin medicamentos ni operaciones.

Consultas para provincias por correspondencia, enviando fotografía (cuerpo entero y sin retoques) de la persona enferma.

DIRECTOR:

Dr. D. Enrique Jaramillo y Guillén

Consulta de 2 a 6.

FERRAZ, 86, MADRID

“LUMEN”

Revista científico-filosófica de estudios psicológicos.

Director-Editor: QUINTÍN LÓPEZ GÓMEZ

Redacción y Administración: RAMBLA DE EGARA, 205. TARRASA (Barcelona).

“EL TELÉGRAFO ESPAÑOL”

REVISTA PROFESIONAL Y TÉCNICA, ILUSTRADA

ADMINISTRACIÓN: LEGANITOS, 47, bajo.

APARTADO DE CORREOS NÚM. 889.



60868053856